

La gracia, la virtud, la reprobación,
 la corrección, la penitencia en la Naturaleza.

Los agentes físicos.—La gracia, la virtud, la reprobación,
 la corrección, la penitencia en la Naturaleza.

CAPITULO V.

Una vez observado cómo el estado actual del hombre es el de caída ó de pecado original, y cómo ese dogma es tan necesario que sin él nunca explicaremos el hombre ni la armonía en que está con la Naturaleza, y tan fundamental que sin él fallan las bases de todo Cristianismo y de toda religión; ya no nos sorprenderá, sino, por el contrario, encontraremos muy bien reclamado, muy lógico, muy consecuente el dogma de la gracia, ese dogma que ciertos espíritus preocupados afectan desdeñar como una teoría abstracta, escolástica y de un supersticioso misticismo.

Así pues, como hay lógica entre admitir el dogma de la gracia, admitido que fuere el del pecado original, armonías también deberán existir, para la gracia, entre el orden visible y el invisible, una vez que las hay y tan interesantes, como lo hemos visto, entre los dos órdenes tratándose del pecado original.

Entramos en una región en que la Naturaleza se muestra enriquecida de los más elocuentes símbolos que pudieran apetecerse.

Todo lo que en ella se produce de bello y bueno, toda flor y todo fruto, toda vida y todo fruto de vida, está sujeto, para producirse, á la ayuda de una fuerza ó agente extraño, fuerza ó agente que no son el mismo ser productor.

Esa ley física es admirablemente figurativa del orden espiritual: «aquel don interno y sobrenatural que Dios concede por los méritos de Cristo á la criatura racional para producir actos saludables y meritorios de la vida eterna,» le vemos magníficamente figurado en el orden á que están sujetos todos los seres vivientes de la Naturaleza física.

Sembrará el labrador la semilla en la tierra preparada; mas es preciso que *del cielo descienda* la lluvia para que la semilla germine, crezca la planta y se produzca el fruto; no vendrá la llu-

via sino es que *los ardores del sol consigan* que en el cielo se presenten las nubes.

No se formarán los ríos para regar las tierras por medio del trabajo del hombre, sino es que *los rocíos del cielo* absorbiéndose en las montañas, formen las fuentes que con diversos manantiales forman los ríos.

Se ha menester la lluvia del cielo no solo para que *germine* la semilla, sino para *crecer* la planta y para que produzca *flores y frutos* hasta el tiempo en que el grano ya en sazón, pueda *cosecharse y guardarse* en la panera.

Mas, para que los vivientes tengan vida, es necesario no solo *el calor* del astro vivificante sino su luz. El sol, al nacer, primero nos dará su luz, con la luz irá creciendo el *calor* que desarrolla la vida.

Dará el sol su *calor y su luz á todas las semillas* arrojadas en el campo que preparó el labrador; caerá la lluvia en tiempo oportuno; mas unas espigas resultarán *vanas*, otras *llenas* de grano, y el labrador las juntará en su era, y separando la *paja del grano*, guardará á este en la *panera*, y la paja arderá en el *horno*.

Al describir estos hechos naturales, ¿no hemos expuesto sustancialmente la doctrina de la gracia?

Después de esto, solo debemos preguntar: ¿estas armonías serán casuales? A tal pregunta hemos dado respuesta al contestar otras en casos semejantes; necesario es reconocer en estas ordenadas coincidencias un plan premeditado en el autor de la Naturaleza física, toda vez que el dogma no pudo ser parodia de la Naturaleza, y que, por otra parte, no es posible un sistema ordenado de coincidencias *casuales*.

Nunca se ponderará lo bastante ese sistema que emplea el Evangelio, en que los más grandes dogmas, sobre todo el de la gracia y predestinación, están confiados, digamos así, á un símil tomado de la Naturaleza física. Este sistema, al parecer sencillo, es de una profundidad asombrosa. Solo el Cristo Hijo de Dios vivo, que conocía al hombre y que dispuso la Naturaleza física para el *hombre moral* principalmente, pudo haber encontrado tan admirables relaciones, preordenadas sin duda por El á fin de que fuesen el idioma más inteligible de las cosas de arriba, para aquel que siendo espíritu y cuerpo necesitaba el idioma de las figuras ó parábolas.

Cuando el Cristo se aprovechaba tan feliz y oportunamente del espectáculo de los campos y de los sembrados, no admiremos su inventiva,

porque lo que hacía no era una invención; lo que hacía era llevar á cabo en esa oportunidad, después de tantos siglos, el pensamiento que tuvo desde el principio de los siglos. Desde los días de la Creación cuidó de preparar *elementos* de símiles y parábolas, adaptando ya entonces la forma de las cosas visibles á las lecciones de lo invisible que, venida la plenitud de los tiempos, tendría de darnos.

Cuando nos dice, pues: "Yo soy la *verdadera* vid y mi Padre es el labrador; todo sarmiento que en mí, que soy la vid, no lleva fruto, le cortará, y á todo aquel que diere fruto le podará para que dé más fruto. . . " Al modo que el sarmiento no puede de suyo producir fruto si no está unido con la vid, así tampoco vosotros si no estais unidos conmigo. Yo soy la vid, vosotros las sarmientos; quien está, pues, unido conmigo, y yo con él, ese dá mucho fruto; porque *sin mí nada podeis hacer*. El que no permanece en mí, será echado fuera como el sarmiento inútil, y se secará, y le cojerán y arrojarán al fuego, y arderá. Mi Padre queda glorificado en que lleveis mucho fruto,"—cuando eso nos dice, hé aquí otra vez el altísimo misterio de la gracia encomendado al intérprete nato del idioma del cielo, la Naturaleza física con sus simi-

les, sus figuras y parábolas, intérprete que habla el idioma que nos es familiar.

En el párrafo que antecede, sencilla descripción del cultivo de la vid, se encierra lo más alto de la Teología.

Así son las cosas de Dios; lo sublime jamás se aparta de lo sencillo; lo sublime y lo sencillo se invocan cual un abismo á otro abismo. No podría ser de otra manera: ¿cómo conocer y admirar la elevación de la montaña si no descansase en el suelo?

Y no se diga que las cosas visibles dieron ocasion á inventar analogías felices en el orden moral, cuando hemos visto que el dogma de la gracia está reclamado forzosamente por el del pecado original, de una parte, y la bondad suma por otra, y cuando, además, las cosas visibles ahí estaban y sin embargo, ¿á quién si no al Cristo le ocurrió establecer á *posteriori* esas armonías ya que ahora nos parecen tan fáciles? Si tal sistema era una invencion, por cierto que solo un Dios podía ser el inventor.

No nos cansamos de encontrar lecciones del sublime dogma, en ese *grano de mostaza* que, aunque pequeño, ha llegado á ser la mayor de las plantas: parábola del poder de la gracia; en esa *higuera* hallada junto al camino y maldeci-

da porque no llevaba frutos sino solamente hojas: parábola de la reprobacion del que resiste á la gracia; en esa *higuera* plantada en la viña y que hallada sin frutos en tres años, por su dueño, quiso cortarla, mas el *viñador* rogó por ella para que el *dueño* la dejase todavía un año; «yo cavaré alrededor de ella, decía el viñador, y le echaré abono, á ver si da más fruto.» parábola de lo propicio que es Dios para darnos su gracia. «A ver si el árbol da frutos este año.» parábola de la cooperacion de la libertad humana.

Réstanos responder á dos diversos enemigos de la gracia, de un lado los pelagianos, de otro los protestantes.

Obsérvese cómo en la Naturaleza física, los frutos buenos y de vida, es decir, los que son para la mesa y para el granero, no los ha de dar el árbol ó la planta por los elementos que están en su sér, sino que han menester el recurso *artificial* ó sea el cultivo del labrador; y hay grande armonía entre el trabajo artificial del hombre para completar las fuerzas ó las obras de la Naturaleza física, y el don sobrenatural de Dios ó sea de su gracia, con la que el hombre, completado su poder y querer natural, ejecute actos de vida eterna.

No sería perfecta, según los pelagianos, la

creacion natural del hombre si se ha menester la gracia; nosotros tambien dirémos: no sería perfecta la creacion física si se ha menester el arte del hombre.

Ellos replicarán: «si la creacion física no quedó completa, fué para que el labrador ó sea el hombre quedase glorificado completando la obra de Dios, y Dios por esto quedase siempre con la suprema gloria.» Nosotros contestarémos: si la obra espiritual no quedó completa fué para que el celeste viñador ó sea Jesucristo quedase glorificado, completando el trabajo de su Padre, y Dios por esto quedase al fin con la suprema gloria.

Las parábolas, pues, de la Naturaleza física condenan resueltamente el pelagianismo.

Nos queda la objecion de los protestantes, principalmente de Calvino. Su sistema pretende fundarlo precisamente en una supuesta armonía con el orden físico.

Dice Calvino: «el hombre, fruto del pecado, no puede producir más que frutos de muerte, se parece al árbol malo, que da necesariamente malos frutos.»

Nosotros preguntamos: ¿quién es ese árbol malo? ¿el acto de voluntad que quiere ser como árbol malo, ó la facultad de querer criada mala

é incitada al mal por Dios? ¿Es lo segundo? Pues ¿por qué Juan Bautista, usando la misma metáfora, estableció la armonía diciendo á los pecadores *todos*: «haced frutos dignos de penitencia y no digais, *tenemos por padre á Abraham* Mirad que ya la segur está aplicada á la raíz de los árboles, y todo árbol que no produce buen fruto será cortado y echado al fuego.»

Si, pues, de esos árboles algunos han de dar necesariamente malos frutos, el labrador celeste se mofaría de ellos cuando á todos les decía: «procurad dar buenos frutos.»

No hay duda: la metáfora se refiere á la voluntad que *libremente* se constituye mala; la voluntad no es el árbol sino la que cria el árbol. Dios pudo criar *árboles físicos* que necesariamente den frutos malos, porque el mal físico no es un verdadero mal, y si esos árboles no habian de representar la voluntad en acto que por libre eleccion quiere lo malo y que una vez hecha la eleccion hasta entónces la obra ó el fruto son necesariamente malos, Dios nos daría lecciones *inútiles*; y en eso no hay *sabiduría*, porque Dios para perder al hombre no necesitaba perder el tiempo en lecciones.

De intento apelamos al absurdo en que se interesa la *sabiduría*, que no negarán á Dios los

calvinistas ya que no quieren advertir cómo, caracterizando á Dios á su manera, fraguan uno que se burla de sus víctimas y que las habla de salvacion, precisamente para gozarse más en perderlas. Según Calvino, cuando el celeste viñador, ya empuñada el hacha, dice al árbol: «áun es tiempo, no te cortaré si dentro de un año dás buenos frutos,» no hace más que burlarse del árbol, porque aquel árbol por fuerza é irremisiblemente dará malos frutos. ¡Cómo calumnian los mercenarios al benévolo dueño de la viña!

CAPITULO VI.

La Gloria en la Naturaleza.

Siendo la vida del hombre un estado transitorio de prueba, no podía Dios darnos una idea demasiado luminosa de la bienaventuranza eterna, sin faltar á su plan; no podía hacernos sentir lo que allá se ha de sentir, sin anticipar el gozo celeste; y entónces ¿qué nos quedaría de libertad para merecer? En esta vida estamos á prueba de amor; y si el celeste amante, aquel Dios de hermosura indecible y de amabilidad imponderable, se nos dejase ver, no habría lugar á la prueba; los esplendores de la beldad y de la bondad de Jehováh nos arrebatarían sin darnos

tiempo al amor meritorio; en nuestro arrebató exclamaríamos con Tomás: «Señor mio y Dios mio!» y Jehová podría decirnos: «bienaventurados los que no vieron y creyeron.»

No así la idea de los tormentos eternos; ese «siempre» ese «nunca,» nos hieren tan al vivo, son tan bien comprendidos de nuestra inteligencia y de nuestro corazón, que nada puede consolarnos cuando nuestra imaginación, ayudando al raciocinio, nos representa ese padecer tan intenso, tan negro y tan sin remedio. Solo una cosa nos alivia: el olvido de la tremenda verdad, ó, si ésto lee algún filósofo, el olvido de la tremenda duda, fatal curativo que pérfidamente nos halaga. Por más que el Infierno eterno sea un misterio en su *por qué*, sin embargo, si hacemos la hipótesis de su existencia, nuestras facultades se prestan altamente á aterrarnos y hacernos sentir cómo será.

Esta diferencia entre el modo de afectarnos el ofrecimiento del premio y la intimación del castigo, es una apología de Dios en la sabiduría de su plan y en la justicia de su conducta con el hombre libre.

Pero ¡qué! ¿es tan remota la idea que Dios nos ha suministrado de la bienaventuranza eterna? ¡Oh, no! «*Signatum est, Domine, lumen vul-*

tus tui super nos dedisti letitiam in corde meo,» ha dicho el Rey-poeta, y ha dicho una hermosa verdad de la que la Naturaleza sala garante.

Son tan gratos los preludios, digamos así, que el divino amante hace vibrar, hace exhalar á la obra visible, que no pocas veces ya parece vemos al Invisible y oímos al Inefable, ya parece que vislumbramos la luz eterna, la luz de dicha, ya parece que concebimos el amor infinito y que nos engolfamos en esos espacios donde reina la paz imperturbable, la perenne ventura.

¡Cuántas veces los acordes de los acentos musicales insinúan en el alma delicias tan desconocidas, de tan intensa felicidad, de una dulzura tan consoladora, que no quisiéramos ni sabemos para qué vivir! Descubren al alma esas armonías, tales arcanos de melancolía, de bienestar, de ternura y hasta si se quiere de un grato y sublime dolor, que no podemos ménos de adivinar, en esos medios del divino poder, sus intenciones amorosas.

Bajo este aspecto, la música *profana* es verdaderamente una *profanación* del arte divino. Esa vaguedad de afectos, esas ansias de dicha desconocida, misteriosa; ese anhelo que desdeña todo lo que sea ménos grande, ménos sublime; ese fenómeno tan ageno á la vida natural, es el

Infinito que está á la puerta, es Dios que se nos deja entrever, por decirlo así, es Dios que habla una palabra de amor á nuestro oído. ¡Qué dulzura la de nuestro Dios! Con una sola palabra á medio pronunciar logra el efecto de producir el sentimiento más grato que darse pueda en la vida del hombre.

Es de notarse otro fenómeno en los efectos de las armonías musicales. Acaso no se habrá observado cómo es mayor el sentimiento de misteriosa delicia producido en nosotros por un *preludio*, por una *armonía preparatoria* que por una composición; más efecto nos hacen las armonías de la *introducción* que las *armonías del asunto*. Esta observación nos conduce á reconocer otra vez cuál es el designio de Dios en tan bello arte; porque si la música *toda es un preludio* de la dicha celeste, era propio en la sencillez de las obras del Altísimo el conseguir su objeto, ménos en las armonías musicales combinadas por el arte, que en las primeras que la Naturaleza nos ofrece, como sucede con una *introducción*, con sólo un *preludio*.

Para nuestro intento nos complaceríamos, pues, en definir la música: media palabra que al hombre habla el celeste amante, un preludio de la dicha infinita. Y si esto es así, digásenos si

bajo tal aspecto no está revelada al hombre la ventura eterna.

Pero no solo al oído se nos dice algo del amor de Dios y de su gozo inefable; á los ojos también se han preludiado, digamos así, Dios y su gloria. Que se nos explique de otra suerte, si no con el designio intencional de Dios para obrar tal efecto en nuestros corazones, ¡por qué el azul del cielo despierta en ellos tan inefable consolación, tan melancólico anhelo por un no sé qué nada parecido á lo que amamos *acá abajo*? El Rey-poeta ha caracterizado magníficamente esta armonía; su *«cali enarrant gloriam Dei,»* vale por muchas páginas de poesía.

En un día sereno, fresco, ya en la plenitud del Otoño, internarse en el bosque al mediodía, prestar oído al rumor de las abejas que no léjos elaboran la miel en alguna quiebra del pardo risco, en tanto que el silencio y el descanso reinan sobre las flores, los céspedes, los árboles, el valle y la montaña; contemplar ora el certileo espacio, ora el manso rúido del follaje, ora las sombras del bosque; perderse en agenas meditaciones; y sentir una vaga persuación de cómo aquello que contemplamos y así nos embelena, no es lo que vemos ni lo que oímos, ¡será que vislumbramos la faz del Invisible, será

que percibimos el rumor de su voz, será que columbramos las regiones de la lejana tierra de promisión? Decidnos, si nó, qué puede ser éso.

Pero también los perfumes son intérpretes del bien desconocido.

Fué muy digno del que crió las flores, depositar en ellas no solo el néctar sino la ambrosia. La fragancia de una flor es el móvil más poderoso de inspiracion; ese olor fresco es como la expansion de una felicidad viviente. Esa delicada fruicion que una flor olorosa produce en el alma, es como el anuncio del verdadero goce, de una ventura que vive en otra parte.

¿Quién no se cree iniciado en las delicias sobrenaturales aspirando el aroma de una azucena? Esa reina de las flores, real emblema de la belleza de la esencia divina, debía ser ungida sin duda con la más escogida fragancia. Esa fragancia podría definirse: el olor del cielo.

La Naturaleza que ha puesto en nosotros cierta aversion de la parte noble del alma ó los bajos placeres, no ménos que la inclinacion á ese goce de algun olor delicado, nos confirma en el concepto de que el designio de Jehová en la fragancia de las flores y en los perfumes, ha sido el que percibamos un tanto las dulzuras del Eden celeste. Es tan insinuante la melancolía

del olor en las flores, que al percibirlo no podemos ménos de suspirar. ¿De cuál amor oculto son intérpretes esas hijas de la belleza?

Se ha notado ya la semejanza de destinos que existe entre las armonías musicales, los colores y los perfumes. Hay colores melancólicos y olores que despiertan esos sentimientos, lo mismo que hay armonías musicales dotadas del poder de entristecernos. La inocencia, el candor, la pureza, respiran en ciertos colores ó combinaciones de ellos, así como en la fragancia de ciertas flores, (las balsaminas), no ménos que en ciertas armonías musicales.

La música y los olores son el poderoso móvil de los recuerdos. Recuerdos de inocencia, de amor, de infortunio, están misteriosamente confiados á la guarda de la música y de los aromas. Cada corazón sabe muy bien qué notas, qué flores son las que guardan los diversos episodios de su historia; nuestra madre; nuestra amada, una hermana, un hermano, un amigo, nuestras primeras aspiraciones de amor y de gloria, la primera ilusion perdida, el primer golpe de infortunio, el primer afecto de arrepentimiento, el primer movimiento de esperanza en la misericordia del buen Dios, la primera reflexion sobre cuánto debemos al amable Padre; cada uno

de estos episodios están simbolizados, digamos así, en aquellas notas y aquellas flores testigo de cada suceso.

En estas leyes de tan admirable armonía, hay más que simples coincidencias: el amor de nuestro Dios y las delicias de otra vida mejor, están preluadas aquí.

Otra de las muestras que el mundo visible nos ofrece del gozo venidero, es ese plan de transiciones, alternativas y contrastes, sobre el que está arreglado el orden de las cosas, figurando ya ellas lo que habrá de este siglo al futuro. No habrá ardoroso estío sin un plácido otoño; á las fatigas de la seca seguirán las lluvias refrigerantes; al frío desconsolador y á la palidez del invierno, sucederán el calor vivificante y la esplendente luz de primavera; á las tinieblas de la noche habrá de seguirse la claridad de la mañana, al tiempo tempestuoso seguirá la calma y la bonanza del buen tiempo; el que hoy siembra con sudor mañana recogerá con gozo, el que hoy se afana y gime, mañana descansará y reirá.

Esta separación del hoy y del mañana, del mal que ahora se sufre por el bien de luego, es tan fundamental en la Naturaleza y, sobre todo, en los principios de conducta de todo hom-

bre en sus esperanzas, en sus determinaciones, en sus empresas, que no puede ménos de verse en ello el designio explícito de Dios, pero no digamos solo el designio, digamos más aún: su próspera justicia.

Se ha dicho, por último, que reconociéndose en el corazón humano una tendencia *innata* á la felicidad perfecta, á la ventura sin medida, Dios es el autor de ella; y que no encontrándose *acá* sino dolor y desdicha, Dios nos engañaría si *más allá* no se encontrase ese lleno de unas facultades que *acá* no tienen explicación. Pero un padre tan bueno ¿cómo ha de engañar á sus hijos?

Esas ansias de felicidad son un hecho y un hecho tan necesario como es el amor, en el corazón humano, y es precisamente al amar cuando el ánsia de ventura se levanta en el espíritu. Los que aman creen por fuerza en la vida futura.

«Amad, y en el suelo no habrá más dolor,

Que amor es el cielo y el cielo es amor;

Creed, Dios es fuerte, Dios vivo, Dios vé:

La duda es la muerte, la vida es la fé.»

Estos sublimes versos son un dogma para nuestro asunto.

Mas aquí hay una ilusion que evitar. Cuando el hombre novel en amores, se siente agitado de ese sentimiento misterioso que llamamos el primer amor, sentimiento que abarca en sus deseos todos los mundos, todos los siglos, que todo lo embellece, que todo lo ennoblece, que todo lo santifica, que todo lo diviniza; atribuye entonces esa gran revolucion á una *beldad angelica* que se le ha *aparecido* en su camino; á una *púdica jóven*, á una *mujer*. Pero ¡qué! ¿ese ser misterioso que así nos agita, que así nos trastorna, que mantiene nuestros desvelos, que promueve tan sublimes aspiraciones, que excita tan dulces ansias, ¿es en efecto esa mujer que se apareció en nuestro camino?

Triste ilusion la que nos forjamos engañándonos á sabiendas. Bien sabemos que no es la mujer es Dios quien se nos ha aparecido. A semejanza del impaciente pueblo de Jacob, que discerniendo bien entre Jehováh y el becerro de oro, adoró á éste, solo porque aquel tardaba en visitarlos otra vez, el jóven amante sabe que Dios, si bien es esa dicha aparecida y no la mujer, tardará en entrarlo á su goce. Y es que el hombre, ansioso de gozar luego, prefiere una pequeña parte de delicia, con tal que sea de presente, á la delicia entera ó infinita, solo por-

que tardará en dársele algunos años ó acaso algunos días.

Notémoslo bien. La expectativa de ventura que en nosotros despierta el amor á la mujer y, sobre todo, el primer amor, no acusa sino la perversion de otra generosa tendencia, tendencia determinada en nuestro espíritu por obra del Bien Infinito. A fin de apartarnos de toda ilusion el celoso amante nunca ha querido darnos, mientras pongamos en la mujer nuestra dicha, ni aún la dicha pequeña con que por transaccion nos contentaríamos. Nótese cómo el hombre no solo no consigue la ventura con que el aspecto de una humana beldad le engaña, pero ni aún esa dicha limitada conque despues pretende contentarse. Jamás el hombre verá realizarse en la vida ni la dicha infinita ni aún la dicha módica que *su amor* le promete. Será feliz el hombre con el cariño, pero nunca con el amor. Dios ha ordenado *el cariño*, para que los hombres se lo presten unos á otros, hijos á padres, esposos á esposas, hermanos á hermanos; pero *el amor* se lo ha reservado como una ofrenda para su Majestad: amar, en todo rigor, es adorar, y solo á Dios podemos adorar. ¡Diganlo los amantes si no es adoracion el amor!

Con razon, pues, es en el hombre tan miste-

rioso el sentimiento del amor; con razon esa aurora anuncia tan luminoso día; con razon parece que va á gozarse tanto; con razon se ve tanto, se imagina tanto, se descubren tan grandes cosas al insinuarse en el espíritu el extraño afecto, al presentarse á los ojos la mujer; ¡si no es ella el astro que se ha levantado en nuestro juvenil horizonte! no es ella, es el Bien Sumo quien así nos alumbra. Ella viene á tal hora, no para recibir adoraciones, sino para ayudarnos á saludar, en tan espléndida mañana, tan esplendente sol; sino para decirnos: no es bueno que estés solo, tú que de adorar tienes, como tambien yo, al hermoso Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente.

¡Oh! ¿quién no ha visto la aurora del eterno día; á qué oído no ha llegado un lejano preludio de los celestes conciertos; qué ojos no han contemplado á través de la azul bóveda ó de las sombras de la selva la belleza infinita, los arcanos de sus amores?

¿Quién no ha percibido las intensas delicias del otro mundo al influjo de algun fragante olor?

Un amor eterno é inefables delicias nos cercan por todas partes; los conciertos están á punto de romper el silencio; las delicias están á pun-

to de desbordarse; los esplendores ya casi rompen la nube que los vela; la beldad eterna ya vá á presentárenos; la voz de sus amores va á enamorarnos para siempre.

Hé aquí lo que pasa en la vida del hombre; hé aquí un espectáculo en que la Naturaleza, Dios y los hombres están en armonía más de lo que parece.

to de desportarse los esplendores ya casi tornan
 sea la nubes que los vea; la debida elocuencia ya
 a presentarse la voz de sus amores ya a con-
 motarse para siempre en la vida del hombre.
 He aquí lo que pasa en la vida del hombre.
 He aquí un espectáculo en que el mundo
 Dios y los hombres están en un punto más de lo
 que parecen.

CAPITULO VII.

El amor eterno, una felicidad infinita; un
 desden eterno, una desventura sin término, si
 son dogmas en el Cristianismo, son armonías
 que en la Naturaleza se reclaman.
 Si la Naturaleza es elocuente y sentida para
 publicar la vida futura en un Eden celeste, su
 expresión es enérgica para predecirnos el Infer-
 no eterno, como ya lo hemos anticipado.
 Si en esta vida de prueba el corazón humano
 apenas puede concebir la dicha; la Naturaleza
 por cierto que se presta para figurarse, para
 sentir una espantosa desventura.

De que manera. Cálculo de la manera
 que en la Naturaleza se reclaman.
 Si la Naturaleza es elocuente y sentida para
 publicar la vida futura en un Eden celeste, su
 expresión es enérgica para predecirnos el Infer-
 no eterno, como ya lo hemos anticipado.
 Si en esta vida de prueba el corazón humano
 apenas puede concebir la dicha; la Naturaleza
 por cierto que se presta para figurarse, para
 sentir una espantosa desventura.

CAPITULO VII.

El Inferno en la Naturaleza.

Un amor eterno, una felicidad infinita; un
 desden eterno, una desventura sin término, si
 son dogmas en el Cristianismo, son armonías
 que en la Naturaleza se reclaman.

Si la Naturaleza es elocuente y sentida para
 publicar la vida futura en un Eden celeste, su
 expresión es enérgica para predecirnos el Infer-
 no eterno, como ya lo hemos anticipado.

Si en esta vida de prueba el corazón humano
 apenas puede concebir la dicha; la Naturaleza
 por cierto que se presta para figurarse, para
 sentir una espantosa desventura.

¿De qué manera? Cabalmente de la manera que más hace al caso: una desventura que sea eterna.

«¿Me amarás?—¡Nunca!»

«¿Me perdonarás?—¡Nunca!»

«¿Podré lograr lo que deseo?—¡Nunca!»

«¿Cesará el dolor que me atormenta?—¡Nunca!»

Estas no son voces vacías; ¡á quién no aflije siquiera imaginar á un desdichado que á tal demanda reciba tal respuesta?

No nos hable de su dicha un hombre feliz, porque ni nos gozamos con él ni le entendemos; sus palabras son vacías para nosotros. Hablese nos de un gran pesar, y parece que nosotros también entramos en tortura; ensánchense al arbitrio los caracteres de ese pesar hasta más no poder, nuestro corazón todo lo abarcará; mientras mayor sea el pesar, nuestro corazón podrá mejor sentirlo y comprenderlo. Y si del infortunado y de su pesar se nos dice: «ya veréis, no le durará siempre,» y así lo cremos, nuestro interés ha fracasado. Pero, que se nos asegure ese *nunca*, y el pesar tiene ya importancia para nosotros.

No digamos, pues, que si hay una ley que amenaza con un infierno eterno, esa ley no está

bien promulgada; porque la pena es cosa que la mente nuestra sabe prodigiosamente concebir.

Pero de los infortunios, ¿cuál será mayor que el amor sin esperanza? Mayores son las penas del espíritu que las del cuerpo, mayores las penas del amor entre todas las penas del espíritu.

«¿Qué! *nunca* lograré que me ame?—¡Nunca!»

Hé aquí el desdén eterno, lo único que hace mella al corazón humano. De toda otra pena se ríe.

Ni se nos diga cómo hay hombres que no aman; porque los hombres sin corazón no son hombres. Si en el cielo la perfección es la caridad, en la Naturaleza la perfección es el amor.

Mas así como dijimos que, cuando el hombre en sus juveniles años siente poseída su alma de ese afesto misterioso, al sonreírle la mujer, no es ella, es el Bien sumo quien se le ha aparecido; así al herirnos su desden, venimos á confundir un mal mezquino y pasajero con el sentimiento vivamente impreso en nuestro corazón, de ese desden eterno, de esa eterna desventura, de ese tormento que truicida por siempre el espíritu, de ese fuego inextinguible, que devora, sin consumir, á quien por su reato cayó

en la desgracia de la Hermosura inefable. ¡Qué es esto! ¿De dónde pudo venimos tan ajustada disposición de sentimientos naturales con las promesas y amenazas de lo sobrenatural católico?

No nos sorprendamos, si en todos los dogmas hemos encontrado tantas armonías de un mundo á otro. ¡Cómo no haberlas tratándose de los premios ó de las penas con que Dios justifica su ley!

Pero no solo en el corazón humano está promulgada, por medio del sentir, la pena eterna; en la Naturaleza visible existen fundamentales figuras de la terrible alternativa de la Eternidad.

Ya hemos apuntado esos contrastes por lo que hace á la dicha celeste, y pues se trata de cosas correlativas, podemos, como allá, decir aquí: al buen tiempo seguirá la tempestad, á la luz y al calor del verano el horror del invierno; el que hoy no siembra, mañana se quejará de hambre; el que hoy descansa y ríe, mañana se afanará y gemirá.

Otra vez diremos: aquí se vé no solo el designio figurativo sino tambien la prósvida justicia. Así que, el día está hecho para la luz que alumbrá, para las aves que cantan, para las brisas

que recrean; la noche para las tinieblas que ciegan, para las fieras que rujen, para las aves siniestras, para los huracanos que asuelan, para las tempestades que devastan. Si vais al Polo, allí tendreis días descomunales, pero que serán compensados con proporcionales noches; allí, pues, tanto se os impondría de tinieblas y de hielos, cuanto se os dió de junto luz y calor. Si en la mocedad acumulais los goces, amontonaréis penas para la vejez.

Pero con esto se nos dirá, probado queda solamente un infierno para la otra vida, mas no un infierno eterno.

¡Qué! ¿no hemos establecido una *proporcion de razones iguales*?

Pues bien: si en esta vida hay en la Naturaleza igualdad correlativa del día á la noche, de la luz á las tinieblas, del calor á los hielos; cómo es que en la otra, encontrando dicha *eterna*, un amor *eterno*, una luz *eterna*, un consuelo *eterno*, no habrémos de encontrar una desdicha *eterna*, un desamor *eterno*, una oscuridad *eterna*, un dolor *eterno*. ¡Pavoroso cuarto término de la proporción!

Volviendo á aquella prueba tomada del sentimiento natural de la justicia, diremos: que el corazón del hombre distingue íntimamente dos

clases de crímenes y, por consiguiente, de penas para la otra vida.

Hay crímenes que si en uno estuviera castigarlos, determinaría un castigo eterno para ellos, sobre todo, para esos criminales ingratos, desleales, reincidentes y á quienes no entenece ni el beneficio más señalado, ni aún el que les venga de parte de su inocente víctima. Para estos crímenes nos dice una voz interior: «no debe haber perdón para siempre.»

Y no digamos que Dios ve los corazones y que la culpa de este ó aquel puede ser ménos grave de lo que parece, no digamos eso; lo que sabemos es que hay crímenes enormes, que hay conductas de enorme malicia. ¿Quiénes son los autores? Dios lo sabe bien; los autores existen aunque ignoremos quiénes son.

Ni se diga tampoco que la misericordia infinita, concediendo el don de arrepentimiento, ántes de la muerte, á los pecadores de toda la vida, puede así indultarlos; porque el indulto es de suyo un acto de excepción; así nos lo dice el sentimiento imprescindible de una justicia perfecta, de una *bondad*, si bien *libre*, también *justificada*. La justicia infinita puede resaltar y no vulnerarse con un juez *misericordioso* y *libre para serlo*, misericordioso y libre infinitamente;

puede resaltar y no vulnerarse con algunos rasgos de generosidad por razones que el juez tenga en su ánimo soberano; pero ¿dónde está la justicia *infinita* y la terrible *majestad*, concediendo indultos, no por excepcion sino por regla general?

Salvos estos principios innegables, el mayor argumento, á nuestro entender, el más fuerte contra el infirno eterno, es aquella última dificultad que se presenta en la cuestion tremenda de la predestinación:

«Sea, pues, libre Dios, se dirá, para criar á aquellos hombres que *libremente* pecan y que por consecuencia de su voluntad se condenan; queda así satisfecho *nuestro entendimiento*; pero *al corazón* ¿no le ocurre decir: ojalá y la esencia de Dios fuese de otra manera; sería *de desear* un Dios tan bueno como el corazón lo pide.» Hé aquí el último argumento.

Pues ese Dios, os responderemos, ese Dios como os lo pide *el corazón*, como os lo imagináis, como deseariais que existiese, es el mismo Dios que ántes suponíamos, es el mismo Dios Católico-romano. Lo que desais es precisamente uno de los datos que entran en la noción de Dios. La incógnita del problema está en concordar ese elemento de *lo deseable* que es Dios, con los

otros datos que ya tenéis; *iniquitas apud Deum?*

El problema insoluble para el hombre ó, en términos morales, el misterio, está, pues, en comprender cómo han de armonizarse atributos que separadamente reconocemos, no atributos contradictorios: porque no se trata del sí y el nó, porque no se trata de lo bueno y de lo malo, sino de la justicia libre y la bondad libre, de la justicia y la misericordia, de quienes, aunque no sepamos cómo, está escrito han de darse el ósculo de paz, *misericordia et veritas obviaverunt sibi, justitia et pax osculatae sunt.*

¿No será esencial al Enté necesario, á aquel por quien todo existe, el que sea *amable, deseable, apetecible*, cuando vemos que hay tantas cosas *amables, deseables, apetecibles*, y las que desea uno que *vivan*, que sean así como son?

No lo dudeis; Dios es como *lo deseais*, aunque no sepamos cómo sea *deseable* con todo y que cria al que libremente se ha de condenar. (1)

Dando alguna más extension á estos conceptos, indirectos en nuestro asunto, como que figuran en él solo por responder á objeciones que pudieran dirigirsenos, agregáremos:

(1) A Voltaire no ocurrió esta solución tan fácil. Es que no amaba la luz.

Lejos de sorprendernos el encontrar una dificultad insoluble ó, en términos teológicos, un misterio en esta materia, deberíamos más bien sorprendernos, y mucho, de no encontrar ese misterio, cuanto que lo infinito figura aquí como dato necesario, y pavoroso, como que se trata de riesgos en que se interesa tan al vivo nuestra personalidad.

Por otra parte; observacion digna de hacerse, es el interés que la Iglesia católica romana ha sabido dar á un asunto de tal trascendencia, haciendo de un niño frívolo que jugaba con fuego, como era el género humano antes del Evangelio, un hombre de juicio que se preocupa como debe, pensando de serio en el mañana de la eternidad. Natural era esto, tratándose de una religion de verdad. A tal Dios tal magestad, tales temores, tales servidores, tales esperanzas, tales amadores, tan sublimes inquietudes, tan saludables angustias en tantas almas que á la consideracion de un más allá en manos del Padre santo y justiciero, del misericordioso y santo Crucificado, desfallecen preocupadas no solo de sus *postrimerias* sino de las de sus prójimos (notable seriedad del cristiano! de sus prójimos, y prójimos no solo de entre sus deudos sino de los más remotos países.

El pavoroso infierno cristiano vino á reclamar con el tiernísimo espectáculo del Calvario, así como éste reclamaba con aquel. La noción de Dios se ensanchó infinitamente; si la Majestad divina es buena hasta lo sumo, hasta hacer santos por amor, la tremenda y santa justicia ha quedado en su dignidad también infinita hasta hacer justos por temor. Y si es natural en el hombre llorar de ternura y esperanza, ó bien temblar de espanto, ¿dónde estaba ese Dios vivo y de verdad, autor de la Naturaleza, que, á fin de hacerse amar, no supiese mover esos resortes, poniendo así en armonía con la Naturaleza su invisible orden sobrenatural?—Aquí está, responde el católico romano (*Quis sicut Dominus Deus noster*: Salmó 112); aquí en ésta Iglesia, donde nuestro Dios es capaz de ser amado hasta el martirio y temido hasta el quebranto, hasta hacer de una piedra un hijo de Abraham, de un corazón de bronce uno de carne.... con su infierno eterno!

Aun hay otro argumento contra la justicia de Dios, por la eternidad de las penas, que merece ser examinado. Es este:

El hombre debía estar de tal suerte penetrado de la gravedad del mal que hace, que para un infierno eterno, sería necesario un co-

nocimiento profundo de la gravedad del pecado.

Ya hemos dado la solución; hemos ya demostrado que la ley del infierno eterno está bien promulgada; porque la pena eterna es cosa que comprendemos muy bien. Si, pues, no conocemos la gravedad intensa del pecado, si que conocemos *la gravedad intensa de la pena*, y por la pena podemos medir la gravedad del pecado. De lo contrario, comprender en sí la gravedad del pecado sería demasiado para que no pudiésemos pecar, lo mismo que si comprendiésemos en sí la gravedad intensa de la bondad de Dios; y destruida nuestra meritoria facultad de pecar, ¿cuál sería nuestro mérito en hacer el bien?

Por otra parte, ya sabemos que Dios castiga con número, peso y medida, diente por diente, ojo por ojo, y que cuanto cada uno tuvo de goces prohibidos tanto sufrirá de penas vengadoras; ya sabemos también que por exacta que sea en teoría la doctrina del pecado mortal, Dios calificará conforme á verdad; grande cosa es el pecado mortal, Dios calificará el que merezca la eterna condenación; semejante la justicia del sacerdote á la justicia del juez civil, uno y otro solo ven las condiciones exteriores de la criminalidad dejando á Dios juzgar de la *intención*.

que constituye la esencia intrínseca del pecado. Para que Dios condene al fuego eterno se necesita mucho, mucho en la decisión de la *voluntad* del que peca, ó digámos en la *intencion* del que peca.

Así, pues, cuando vemos que mueren tantos cuya conducta no fué ni tan buena ni tan mala, ¿cómo no convenir en ese sémi-infierno del Purgatorio? A proporción de la gravedad del infierno eterno y del estado en que se hallan muchos al morir, se convence uno de la necesidad del Purgatorio.

Véase, por tanto, cómo la religion católica romana guarda tan proporcionada distancia entre los protestantes tan duros y los filósofos tan laxos, que no hay religion más filosófica ni razonable.

Pero esto debe tratarse en especial capítulo.

CAPITULO VIII.

El Purgatorio por la Naturaleza.

La cuestion del Purgatorio, conforme á las ideas que hemos anticipado, es, pues, esta:

«Es posible y razonable el Purgatorio; pero ¿existe de facto?» ¿Qué nos dice del Purgatorio la Naturaleza física, qué nos dice la Naturaleza moral?

Antes dirémos, que si en el dialecto que hemos adoptado, el Infierno es *natural*, el Purgatorio lo es mucho más. Ese infierno no eterno que los filósofos suponen, es un concepto falseado del verdadero Purgatorio; y por aquí se vé la grandeza del dogma cristiano, cuyos cre-